

UN ANDAR QUE NO CESA



Ramón Acín

UN ANDAR QUE NO CESA

Cuadernos de viaje

Prólogo de
Julio Llamazares

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Le retour des croisades (2017), óleo sobre lienzo,

© Eduardo Arroyo, A+V Agencia de Creadores Visuales, 2020

© Ramón Acín, 2020

© Del prólogo, Julio Llamazares, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-523-2020

ISBN: 978-84-17425-32-6

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A Carmen, Raúl y Natalia, siempre

PRÓLOGO

Notas de andar y ver

Julio Llamazares

MIENTRAS ESCRIBO esta introducción, recuerdo los viajes que hice con su autor por Aragón, muy diferentes a los que ahora prologo. Entonces, Ramón Acín y yo recorriamos las carreteras de su tierra a toda velocidad para llegar a tiempo a los institutos en los que había programado mi presencia en cumplimiento de un proyecto educativo de inspiración institucionista que puso en marcha y cuyo objetivo era acercar a los alumnos a los autores que estaban leyendo, nada que ver con la calma y el tiempo para la observación que guían estos viajes que nos entrega ahora para su lectura y que ha escrito sobre todo después de su jubilación. Entre aquellos *rallies* pedagógicos a través de los cuales conocí Aragón entero (el programa de acercamiento de autores a los institutos duró veinticinco años y yo participé en la mitad, calculo) y estos que nos ofrece Ramón Acín ahora hay un abismo de tiempo y de velocidad, pero también una actitud diferente: la del que, despojado ya de toda responsabilidad y prisa, mira, escucha, se detiene y busca en los paisajes esa luz que le hace ver mejor y en las personas, ese retrato detrás del cual hay una historia que, importante o no, las distingue de otras y que al final es lo que queda de ellas en nuestro recuerdo.

Fue Ortega y Gasset el que tituló un libro de vagabundeos por Europa *Notas de andar y ver* y es la primera evocación que me traen éstos de Ramón Acín. Pues vagabundeos son, a solas o con amigos, los viajes que nos relata y notas de andar y ver sus observaciones, sus descripciones, sus apuntes del natural o de memoria de paisajes y personas,

aderezados con su sabiduría profesoral y de montañés oscense, que es lo que sigue siendo en el fondo por más que lo disimule detrás de su gran cultura y sus años de experiencia tanto en el campo de la educación como en el de la literatura escrita. Ramón Acín, hoy por hoy, es uno de los escritores aragoneses de mayor proyección fuera de su región y uno de los más respetados tanto dentro como fuera de ella.

Tanto dentro como fuera de Aragón se sitúan precisamente los escenarios de estos relatos de viaje que ha agrupado para su edición en libro. Y lo ha hecho siguiendo un criterio laxo, más propio de la generosidad que de un criterio teórico, consciente de que en el fondo sus notas de andar y ver participan de la misma intensidad o levedad, de la misma intención viajera y descubridora, correspondan al territorio que correspondan. Personalmente y por aquello de la subjetividad (y por los miles de kilómetros que hice en su compañía por las carreteras de Aragón, de un lado a otro de la región), prefiero los que se circunscriben a ella y que son concretamente el de Santa Elena al puerto de Monrepós, en su comarca natal oscense, siguiendo el rastro de las trincheras de la Guerra Civil española; el de los escenarios del gran Francisco de Goya, el aragonés más universal; y el que realiza por el Somontano oscense, tierra de vinos y de mucha historia. La emoción que en ellos transmite Ramón Acín compensa su menor exotismo respecto de los otros, que van de Sicilia a Venecia, de Bruselas o Normandía (buscando también la memoria bélica de unos paisajes que, como los del Pirineo de Huesca, sufrieron también una cruenta guerra) a Egipto, el país de las mil caras en su definición.

Hay un capítulo de este libro, sin embargo, sobre el que quiero llamar la atención del lector en particular. Es el capítulo titulado *Viajes de papel*, hermoso título que resume

una forma de viaje, que es la de la lectura, que Ramón Acín ha practicado mucho y se nota. Viajar a través de los libros es una modalidad del viaje que, independientemente de que aquéllos pertenezcan al género viajero o no, nos procura las mismas o parecidas emociones que el viaje de verdad y sin las inconveniencias de éste. Viajar es ante todo encontrar y encontrarse, informarse, cartografiar, absorber, meditar, comprender y contar, dice el propio Ramón Acín en este libro, y ello se puede hacer sobre el territorio o navegando a través de uno o de diversos libros. Ramón Acín lo hace, en concreto, a través de los de cuatro escritores contemporáneos suyos y con concomitancias entre nosotros, a pesar de nuestro distinto origen y de nuestra lejanía geográfica y vital: Jesús Moncada y su Mequinenza fronteriza y semiahogada; José Giménez Corbatón y su Maestrazgo indómito; Alfons Cervera y la Serranía valenciana; y el que esto escribe y las montañas de León, y los transforma en una nueva narración, la del viajero que lee y viaja a la vez o la del lector que viaja al tiempo que lee e imagina. Viajero de libros se le podría llamar al que, como Ramón Acín, ha hecho de éstos su principal instrumento de conocimiento del mundo y que, incluso cuando recorre éste, recurre a ellos como mapa y guía. Lo hace por Sicilia y por Egipto y por esos pueblos «amortados» de su Aragón natal y vital que tan bien conoce, en parte por su propia iniciativa y en parte acompañando a su hermano José Luis, autor de un viaje al Aragón deshabitado que también forma parte ya de la memoria de esa región.

De innecesario tacha Ramón Acín su propio prólogo al libro, pero yo se lo recomiendo antes de comenzar a viajar con él. Innecesario y superfluo, en todo caso, es éste mío, cuyo único sentido es el de servir de invitación a la lectura de un autor que para mí es mucho más que un escritor local y cuyo escaso reconocimiento fuera de Aragón se debe más

a las injusticias del mundo editorial y de la crítica que a la verdadera talla de un autor capaz de viajar y de hacernos viajar a lomos de las palabras, que es lo que siempre han hecho los grandes de la literatura: «Verba volant, scripta manent».

UN ANDAR QUE NO CESA
Cuadernos de viaje

Un prólogo (in)necesario

1

EL *DICCIONARIO de la Real Academia Española*, venero nuclear de nuestro idioma, apunta que viajar es la «acción de trasladarse de un lugar a otro, generalmente distante, por cualquier medio de locomoción». Ante una definición tan escueta y generalizadora, es lógico que las que se destinen a explicar tanto viaje (consecuencia de viajar) como viajero (ejecutor del viaje) transiten por una órbita afín: «jornada que se hace de una parte a otra por mar o por tierra» y «que viaja», respectivamente. No obstante, en acepciones secundarias (la sexta, por ejemplo), la matización se impone en el DRAE y comienza a verse cierta luz en la intención que persigue este prólogo. Así, el viajero es la «persona que hace un viaje especialmente largo, o por varias partes, y particularmente la que escribe las cosas que ha observado en el mismo viaje». Matización observada asimismo en obras similares, caso del *Diccionario de uso del español*, donde María Moliner amojona también que viajar es «visitar diversos lugares o recorrer diversos países» o «realizar viajes habitualmente o con frecuencia».

Aparentemente, todo parece claro y comprensible en torno a los términos *viajar*, *viaje* y *viajero*. Pero la complicación nace a poco que se escarbe en el idioma.

Sin ir más lejos, en castellano, la noción de *viaje* era inexistente hasta 1335 y, después, poco común hasta el siglo XVI (Joan Corominas, en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, documenta tal palabra como venida

del catalán *viatge*, a su vez procedente del latín *viaticum*, con el sentido de «provisiones para el viaje» y derivado del latín *via*), pero hoy día, pese a ese uso poco antiguo, tanto *viaje* como *viajar* (éste de manera muy especial) están cargados de matices. Y, así, sobre sus significados primigenios se agolpan visos que comparten con otros conceptos como *recorrido*, *gira*, *tour*, *trayecto*, *periplo*, *itinerario* (caso de los viajes turísticos), *travesía*, *marcha*, *excursión*, *paseo*, *caminata* (mundo del deporte), *expedición*, *exploración*, *aventura*, *correría* (riesgo y aventura), *peregrinación*, *romería* (religión), *huida* o *fuga* (problemas con la justicia), *alucinación*, *éxtasis* (drogas)... Otro tanto sucede con el término *viajero* (también *viajador*, o incluso *viajante*, aunque en este último prevalezca más el matiz de «corredor de comercio»), que casa sin problemas con *caminante*, *viandante*, *trotamundos*, *pasajero*, *excursionista*..., pero también con *migrante*, *emigrante*, *golondrino* (hablando de penuria), con *veraneante* (solaz), sin olvidar términos tales que *nómada*, *errante*, *vagabundo*, *polizón* o *ambulante*, entre otros (Julio Casares, *Diccionario ideológico de la lengua castellana*).

2

¿Qué es viajar?

Las respuestas se amontonan. Cuando menos, porque en todo viaje intervienen factores muy dispares. Factores que, además, no son ni estáticos ni inamovibles, dado que cualquier viaje, cuando es verdadero, por muy programado que esté, al final escapa del encorsetamiento (salvo los *tours* programados por agencias turísticas). Además, los viajes como desplazamiento físico (lo hay también psicológico)

dependen del tiempo (sobre todo, histórico), de la forma, la idea, la causa, la finalidad... y, por supuesto, de la catadura ética, moral y vital de quien viaja (en la historia del viaje han existido viajeros embusteros, impertinentes o vanidosos, pongamos por caso).

Por si lo anterior fuera poco, un viaje puede realizarse por placer (turismo de masas actual), por profesión (soldados, expedicionarios, espías, navegantes, descubridores), por enfermedad (balnearios), por aventura o quimera y hasta por solidaridad (el *slumming* o turismo en barrios marginales, el turismo en países del Tercer Mundo), sin olvidar otras causas ajenas a todo lo anterior como el hambre y la necesidad (emigrantes), la adversidad o la guerra (problemas con la justicia, huida o exilio), el peregrinaje y el fanatismo (Camino de Santiago, La Meca, Roma, Tíbet), el desafío o el riesgo... Incluso es posible aceptar los viajes mentales o imaginados, que no necesitan desplazamiento alguno. Ejemplos a patadas.

No obstante, los factores más habituales (o básicos) para precisar los términos *viajar*, *viaje* y *viajero* suelen ser aquellos que responden a la relación degustada en el desplazamiento (y, en el mejor de los casos, relatada, con fines literarios o no). Es decir, relación de lo descubierto, visto, observado, curioseado, comprendido, reflexionado... Porque, en definitiva, todo viaje es un diálogo con todo cuanto se desconoce, dando igual que ese desconocimiento recale en personas, espacios, tiempos, paisajes, sucesos o aspectos e historias de índole diversa.

Pese a todo, hoy día, el concepto más habitual del viaje tiende a hermanarse con la huida del agobio que destila la rutina diaria. Y, así, el hecho de viajar, a la par que uno escapa del agobio, conlleva la búsqueda de una inexistente panacea donde las ataduras no existan, además de pretender con ello dar salida a la obsesión de la holganza. Pero

el viaje de verdad supera tal simpleza, siempre superficial y centrada en el recreo y en el placer momentáneos. Y supera, incluso, el hecho de huir ante lo que (o ante quien) te encadena al trabajo, especialmente hoy día, que somos totalmente dependientes del garfio que supone el teléfono móvil. Una concepción que, en parte, coincide con la que se tuvo del viaje en el pasado, cuando éste era arma adecuada para combatir la ociosidad.

En definitiva, además de desconectar de la rutina y de buscar holganza, el viaje es asombrarse de forma continua, fugarse de uno mismo, superar la esfera personal relativizando cuanto se conoce de antemano y transformar la mirada que hasta ese momento se tenía (acertó Marcel Proust, «viajar no es cambiar de paisaje, es cambiar de mirada»). Porque viajar supone, por un lado, la transformación del ojo y, por otro, la del espíritu de quien viaja atento. Porque el viaje de verdad acaba a la postre siendo una especie de revelación interior que agranda a uno como persona, además de curar de ciertas agonías, dependan éstas del vértigo de la prisa, de la presión tecnológica actual o, incluso, de motivaciones dispares (distantes o contradictorias) como la soberbia, el chauvinismo, la incultura o la ignorancia y la nostalgia o la melancolía.

Y es que la novedad, o lo que se descubre observando tras tamizarlo mediante la reflexión, amplía la expectativa, enriquece al viajero y, sin duda, le cambia. Porque lo nuevo también escapa a esa concepción superficial que pretende escapar de la rutina en busca del bálsamo de lo exótico, desconocido, oculto, peligroso... o inaccesible. Además, la novedad puede estar donde menos se espera, incluso al lado de uno mismo, alentando posibilidades de viajes. Por ejemplo, en la biblioteca (pública o privada), que permite ejecutar inesperados recorridos («viajes de papel») tras quedar atrapado entre las palabras. Viajes que incitan a

buscarse a uno mismo, indagando en la identidad personal o social. Porque viajar es ante todo encontrar (cuando hay conciencia de donde se parte) y encontrarse.

En su acepción más habitual, la realidad del viaje convierte a quien lo ejecuta, como mínimo, antes de la reflexión, en testigo ocular del camino transitado (físico o psicológico). Una circunstancia crucial que conlleva la posibilidad del relato (memoria, diario, relación, ensayo...), en el que puede caber casi todo. Pues, junto al dato constatable (histórico, geográfico, artístico, costumbrista, pintoresco, socioeconómico, religioso o natural, entre otros muchos aspectos), caminan también posibilidades varias que deben tenerse en cuenta. Posibilidades que abarcan desde la simple plasmación de la anécdota hasta la meditación más honda. Posibilidades en las que pueden tener cabida el pasado y su historia, la memoria colectiva, la descripción del paisaje y del mundo natural, las notas sobre el arte y la vida... al lado de la narración de sucesos personales, vivencias interiores, vuelos imaginativos, reflexiones, denuncias o crítica, dependiendo de la toma de postura que se ejerza.

Porque en un viaje se puede ser simplemente viajero descriptor, viajero historiador, viajero curioso, viajero impertinente, viajero antropólogo... o, incluso, todo a la vez, sabiendo que la exactitud, pese a tener la sinceridad como bandera, nunca es del todo posible, dado que existen diferentes barreras un tanto infranqueables, caso del desconocimiento del idioma o la diferencia en modos y costumbres. Por eso, precisamente, «cada viaje tiene su luz especial» (atinado aserto de Rosa Regás). Y por eso, antes de emprender un viaje, todo viajero que se precie debe informarse bien. «No hay un buen viaje si no hay un buen libro detrás», afirmó infalible Javier Reverte, un viajero de ojo atento y fina capacidad reflexiva.